

Reportaje



Tiempo de sabaneo

La Asociación Pejanda se encarga de mantener y transmitir una tradición ahora revivida como es el carnaval de los Zamarrones Blancos que recorre todos los pueblos de la parte alta del valle de Polaciones donde las gentes se convierten en actores

A. C. P. FOTOS: JOSÉ LUIS RAMOS

El pasado sábado amaneció radiante en el Valle de Polaciones; la 'Reina', acepción local que se le da a la niebla por las tierras purriegas, no se dejó ver y un espléndido día de sol acompañaría durante toda la jornada a los zamarrones.

Todavía no eran las diez de la mañana, cuando aún con el eco de las emotivas palabras que Jesús García Preciado había regalado a los asistentes la noche anterior en el Ecomuseo de Puente Pumar con motivo de la presentación del libro '*Zamarrones, Comparsas 1998-2007*', comenzaban a llegar a Pejanda los zamarrones blancos. Desde ahí partiría la comitiva, encabezada por los regios zamarrones blancos y complementada por los negros o personajes que protagonizan la comparsa, la cual este año y para la ocasión

tenía como tema central la caza. Comenzaba así el peregrinar de los zamarrones que, empezando por Cotillos, recorrerían todos los pueblos de la parte alta del valle por la mañana, para continuar con los restantes por la tarde.

Los grandes saltos apoyados en los palancos, el cimbreo de los empapados zamárganos, el sabaneo a las mozas, las jotas, las comparsas, la emoción de los mayores, los semblantes pícaros a la par que risueños, el café, los frisuelos, los tortos regalados por los vecinos componían la escena carnavalesca durante todo el día.

El momento central, y para nosotros el más emotivo, tendría lugar en Pejanda pasado el mediodía con el Homenaje y nombramiento por parte de la Asociación Socio Cultural Pejanda de los 'Zamarrones de Honor' del año 2008. En esta edición en que se celebra el X Aniversario de la recuperación de la fiesta, el título no podía recaer sino en los mayores. En

los antiguos zamarrones que supieron mantener y transmitir una tradición ahora revivida. En aquellos jóvenes de hace ahora cincuenta años, últimos portadores de la elegante y regia vestimenta blanca, escogidos en su día por el pueblo, por su carácter vigoroso, buen saber en el baile de la jota y por su habilidad para efectuar los más espectaculares saltos sobre los palancos de avellano, aquellos jóvenes que en otros tiempos acosaron a las mozas con el zamárganu chorreando barro para aplicarlas el sabaneo.

Blancos y negros

Y es que en aquéllos ahora lejanos años 40 del siglo XX, la elegancia, la dificultad de confeccionar el traje, la riqueza de las joyas y adornos que lo componían, hacía que únicamente uno, a lo sumo dos mozos en cada pueblo fueran los elegidos para llevar las galas y vestir de zamarrón blanco. Su función no era otra que, como ya

hemos citado situarse al frente de la comparsa, bailar la jota con las mozas del pueblo y aplicar el 'sabaneo' a las mozas solteras, que consistía en salpicarlas de barro y agua con el zamárganu, que es una piel o saco atado a un largo palo de avellano que les servía además para apoyarse en sus saltos.

El ritual es seguido siempre con gran alborozo de chillidos y carreras en persecución de las mozas que acaban siempre empapadas y chorreando barro. Pero la aparente ofensa constituye todo un honor, considerándose más afortunada aquella que ha recibido un mayor sabaneo. Este ritual evoca la fiestas lupercales, que se celebraban en la antigua Roma en el mes de febrero y en las cuales, los sacerdotes del Dios Pan, se lanzaban a la calle armados de jirones ensangrentados de piel de cabra, flagelando con ellos a las mujeres que se encontraban en su camino para purificarlas y hacerlas fecundas.